Yukio Mishima

Los años verdes

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Ao no jidai*
Traducción de: Carlos Rubio y Rumi Sato

Primera edición: 2011
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1950, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Ediciones Cátedra, Rumi Sato y Carlos Rubio
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5270-2
Depósito legal: B. 17.796-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prólogo del autor
11 Capítulo 1
23 Capítulo 2
40 Capítulo 3
54 Capítulo 4
64 Capítulo 5
82 Capítulo 6
90 Capítulo 7
106 Capítulo 8
109 Capítulo 9
124 Capítulo 10
131 Capítulo 11
144 Capítulo 12
160 Capítulo 13
182 Capítulo 14
195 Capítulo 15
200 Capítulo 16
221 Capítulo 17

Prólogo del autor

–¿No te parece algo anticuado esto de seguir la costumbre de empezar una novela con un diálogo entre el autor y su amigo?

–Claro que sí. En todo caso, nosotros no podemos librarnos de ser personas un poco anticuadas.

–Por cierto, ¿encaja en algún modelo el protagonista de esta última obra?

–Naturalmente. Es un tal Akitsugu Yamazaki del Club Hikari[1].

–¿Y el argumento? ¿Qué clase de historia vas a encasquetar en la cabeza de este personaje?

–Será la historia de un hombre que no duda. Es un argumento complejo, pero te puedo dar algunas pistas.

1. El Club Hikari era una empresa financiera fundada en septiembre de 1948 por un joven estudiante llamado Akitsugu Yamazaki. El hecho de que se dedicara a realizar préstamos a un elevado interés y de que fuera dirigida por un estudiante de tercer curso de Derecho de la prestigiosa Universidad de Tokio resultó doblemente llamativo. *(N. de los T.)*

Veamos. Si uno duda de todo, acaba siendo un filósofo al que no le queda más remedio que encerrarse en su estudio. Si, por el contrario, uno no duda de nada, podrá saborear una felicidad a ras de tierra. Mi protagonista, sin embargo, pondrá un coto a sus dudas dentro del cual jamás dudará. Así, sus actos nunca pasan de proyectos, unos proyectos que no puede interrumpir ni tampoco dejar de tener. De lo que no duda es de la verdad y de la autoridad universitaria. A veces descubre una vulgaridad que él mismo no sospecha que está dentro del coto de sus dudas. Sin embargo, lo verdaderamente ridículo de esa vulgaridad encerrada en el coto de sus dudas es que puede beneficiar grandemente su conducta heroica, una conducta igualmente confinada en el coto de sus dudas. De esa forma, por la misma razón que ataca a Maquiavelo, se convierte en maquiavélico. Si un joven intenta preservar su pureza, la vía más inteligente puede ser seguir el ejemplo de Maquiavelo, aunque, por supuesto, la vía más inteligente no tiene por qué ser la mejor...

–Entonces, vamos a ver... ¿qué pretendes escribir, una novela satírica o una historia heroica? No me parecen compatibles...

–Tienes razón: no lo son. Lo que quiero escribir es una novela de hechos falsos, una especie de mito heroico, pero falsificado a conciencia. Si el ser humano tiene que comprender como actúa y no debe actuar como comprende, entonces podemos decir que mi protagonista será un hijo ilegítimo de la comprensión.

–¿Un hijo ilegítimo al que vas a legitimar tú?

–Eso todavía no lo sé.

Capítulo 1

Makoto Kawasaki nació en la ciudad de K, provincia de Chiba[1], en 1923. El año 1923 equivale al año 12 de la era Taisho[2].

Fue el año 18 de la era Showa[3] cuando en la ciudad de K quedó establecido el régimen municipal. Este antiguo pueblo de pescadores, al que baña la bahía de Tokio, está situado en el suroeste de la provincia de Chiba, frente a la región de Keihin. Desde finales del periodo Edo[4] la gente de la capital acudía aquí al recla-

1. La prefectura de Chiba se encuentra al este de la ciudad de Tokio, al otro lado de la bahía de este nombre. En cuanto a la ciudad anónima de K, o *Keishi,* aparece en el original japonés con esta letra latina de «K». *(N. de los T.)*
2. La era de Taisho, nombrada así por el emperador de este nombre, va de 1912 a 1926. *(N. de los T.)*
3. Corresponde al año 1943. La era Showa –nombre póstumo del emperador Hirohito, padre del actual emperador del Japón– discurre de 1926 a 1989. *(N. de los T.)*
4. El periodo de Edo va de 1603 a 1867, una época de aislamiento nacional. *(N. de los T.)*

mo de su vida nocturna. También es célebre por ser el lugar donde se enamoraron a primera vista los protagonistas de la obra *Yowanasake ukinano yokogushi,* de Jōkō Segawa[1]. Hacia el año 7 u 8 de la era de Showa se iniciaron las obras de drenaje del cauce inferior del río Obitsu donde, al final, acabaron construyendo un aeródromo. Desde entonces, la ciudad de K estuvo asociada a la base de operaciones de la aviación naval. Sin duda, gracias a esa circunstancia, había adquirido el estatus de ciudad.

K es una ciudad donde tradicionalmente ha habido un elevado número de niños con deficiencia mental. Tal vez haya sido la consecuencia genética de aquel apreciado rótulo que ponían en los viejos tiempos a esta ciudad: «Lugar de libertinaje». Pero en tal ciudad, el clan de los Kawasaki era un mirlo blanco en una bandada de cuervos. Una distinción apoyada tanto en el linaje como en la inteligencia y escrupulosidad moral de esta familia.

En la época de nuestros abuelos se pensaba que inteligencia y moral convivían naturalmente juntas en una misma persona. Una opinión, por lo demás, todavía dominante en algunas regiones. Tsuyoshi Kawasaki, el padre de Makoto, era en su ciudad el último dios superviviente gracias a viejas creencias como ésa. Este antiguo dios gozaba de una existencia honrada. Una fortuna con

1. Este dramaturgo floreció entre 1806 y 1881. La obra mencionada, del género del kabuki, fue representada por primera vez en 1853. En ella, efectivamente, los protagonistas, un hombre y la amante de un tahúr se enamoran en la ciudad de Kisarazu, en el centro de Chiba, trasunto geográfico, por tanto, de la «ciudad de K». *(N. de los T.)*

visos de prolongarse mucho tiempo. El abuelo de Makoto había sido un médico al servicio del señor feudal de Sanuki, en las afueras de K, y su hijo, Tsuyoshi, le había sucedido en el oficio. En cualquier caso, resulta difícil evitar cierta debilidad en una eminencia intelectual. Dejando a un lado el caso de Tsuyoshi, cuyo carácter parecía haber sido fabricado con el molde «natural» de la moral, el clan de los Kawasaki, en esta ciudad de nivel intelectual más bien bajo, descollaba como si se tratara de una especie vegetal cultivada para realizar con ella algún experimento de botánica. Tanto era así, que un vecino, dedicado a la pesca y tal vez desesperado por tener tres hijos que eran malos estudiantes, dejó correr el rumor de que los Kawasaki habían tomado en el más estricto secreto cierto brebaje importado clandestinamente desde Alemania a fin de tener hijos inteligentes. Fuera esto cierto o no, la madre de Makoto, dotada de una gran intuición pero no sobrada de inteligencia, empezó a sentir cierta preocupación de que su hijo, a medida que crecía, iba perdiendo no sabía qué naturalidad en su carácter.

La casa de los Kawasaki estaba cerca del puente de Shinden, en el cauce inferior del río Yana que recorría la parte sur de la ciudad con una anchura de cinco o seis *ken*[1] de aguas claras. La fachada de esta sencilla casa de dos pisos y con el gran portón de entrada flanqueado de dos pilares de piedra revelaba a primera vista la modestia e integridad del cabeza de familia, un hombre incapaz de beber ni siquiera una copa de sake. El único

1. Es decir, unos 9 o 10 metros (1 *ken* = 1,81 m). *(N. de los T.)*

exceso de este hogar consistía en pescar gobios desde la terraza que colgaba sobre el río.

La playa, a la que se podía acceder directamente siguiendo la ribera del río, no era adecuada para bañarse. Tsuyoshi, por eso, solía llevar en verano a sus tres hijos a la playa de Torizaki, para lo cual tenía que atravesar la ciudad en dirección norte y llegar al mar dando un rodeo. A Makoto se le quedó impreso en la memoria cierto día de verano en la playa cuando apenas era alumno de la escuela primaria. Le habían puesto sobre su cuerpo desnudo una prenda llamada «bañador» semejante a la vestida como ropa interior por los monjes debajo del hábito. Ese día recordaba ir corriendo afanosamente detrás de su padre y de sus dos hermanos mayores que él. Éstos, no sólo evitaban llevar de la mano a su hermano pequeño, sino que, además, se negaban a aflojar el paso. Cualquiera de esos dos gestos de cariño hacia su hermano pequeño hubiera merecido sin ninguna duda la censura paterna.

Makoto tenía la costumbre de apresurarse hacia la papelería donde solía comprar su familia y plantarse delante de la entrada. Allí, del alero de la tienda, colgaba como reclamo de venta un lapicero gigante. Cada vez que hacía esto, su madre razonaba así:

–No, hijo, no. Ese lápiz no se vende. Debes estar contento con los lápices importados que te hemos comprado. ¿Qué es lo que te hace poner ese mohín de disgusto? ¿Eh, Makoto? Hasta nuestro emperador nos da ejemplo de sobriedad, ¿verdad? Todavía me acuerdo de lo que dijeron una vez de él: cuando era príncipe usaba lápices japoneses de la marca «El águila».

La insistencia de Makoto en que le compraran el lápiz gigante provocaba la risa en las dependientas de la papelería y la confusión en su madre.

A aquel lapicero hexagonal, del grosor de una chimenea pero que pendía de un hilo, lo mecía una brisa que le hacía mover su afilada punta de grafito y mostrar las letras de deslumbrante brillo dorado de sus seis lados cubiertos de lustroso papel verde. Por mucho que apresurara el paso, siempre detenía sus pies de niño calzados con *geta*[1] delante del gran lapicero. «Me dicen que no está en venta. Pero ¿quién le habrá puesto tal excusa a este lápiz? ¿Por qué no puede ser mío? ¿Qué narices se interpone entre este lápiz y yo, que me impide tenerlo?»

Esa falta de naturalidad, motivo de preocupación materna, se echaba de ver en esta forma de pensar que, por otro lado, podría no ser ni más ni menos que la consecuencia del deseo caprichoso de un niño acostumbrado a tener siempre lo que desea. Así y todo, el punto en el cual Makoto se diferenciaba de los demás niños cuando se encaprichan, por ejemplo, con un tren para poder jugar con él, era que su deseo, el deseo de este gran lapicero de cartón, carecía por completo de finalidad. Debía de ser una premonición de que en su alma de niño no había rastro de poesía.

Su hermano del medio, incapaz de quedarse de brazos cruzados ante la actitud de Makoto frente al lapicero, volvió para agarrarlo fuertemente de la mano y murmurarle al oído:

1. Una *geta,* pronunciado «gueta», es un tipo de sandalia tradicional japonesa hecha de madera. *(N. de los T.)*

–¿Qué estás haciendo? Padre te va a reñir, ¿eh?

Makoto alzó la mirada de sus bonitos ojos redondos. No era un niño especialmente guapo, incluso el fino caballete de su nariz restaba puerilidad a su expresión; sin embargo, sus pupilas poseían una negrura de una limpidez deslumbrante. Ese rasgo le hacía destacar del resto de los niños cuyos ojos solían tener una especie de velo de somnolencia.

Pero la advertencia de su hermano llegó tarde. Su padre ya estaba allí. A la sombra del ala del sombrero de paja, el semblante de Tsuyoshi parecía sombrío y terrible matizado por el reflejo de una calle donde reinaba un sol ardiente. Bajo su barbilla, el barboquejo de su sombrero estaba atado escrupulosamente y sus dos puntas caían a derecha e izquierda del nudo exactamente con la misma longitud.

–¿Qué es lo que pasa, Makoto?

Pero Makoto no podía contestar. Sus rodillas temblaban. El hermano mayor, más cruel, tomó su lugar y fue quien contestó sin temor:

–Este crío siempre está dando la lata a madre pidiéndole ese lápiz.

Fue entonces cuando sucedió algo imprevisto. Tsuyoshi, que se había mantenido callado y sin mirar siquiera la cara de su hijo, entró de repente en la tienda y se puso a negociar con el dueño la compra de este lápiz que «no estaba en venta». El dueño, sin duda conmovido por tratarse de la petición cara a cara de alguien tan respetable, consintió en vendérselo con mucho gusto. Después de recibir cierta cantidad de dinero, ordenó a una dependienta que descolgara el enorme lapicero y lo pusiera en

los brazos del niño, completamente desconcertado ante una suerte tan inesperada.

Makoto, desde detrás del gigantesco lapicero que llevaba en brazos, miraba comparando la expresión de su padre y de sus hermanos. Éstos, aún más asombrados que Makoto, contemplaban a su hermano con los ojos como platos, mientras que su padre desviaba la mirada con un gesto malhumorado. Makoto, que a pesar de su mente infantil comprendía ya las contradicciones del cariño paterno, estaba dispuesto a darle las gracias y a volver a casa solo; pero entonces volvió a ocurrir algo extraño. Fue que el padre, con el bañador, calzado con las *geta* y tocado con su sombrero de paja, le dio la espalda, esa espalda corta y recia de tercer *dan* de judo, y se puso a caminar de nuevo como si nada hubiera pasado. Sus dos hijos, con las mismas trazas pero en versión reducida, siguieron su ejemplo. Ante lo cual, Makoto, el más pequeño, no tuvo más remedio que seguirlos cargado con el lapicero gigante de cartón en los brazos. Unos segundos antes se había conmovido fácilmente ante la muestra de amor paterno, estimándola como superior a la materna. Pero ahora su cara de niño de seis o siete años reflejaba serias dudas. «¿Qué estará pensando mi padre? ¿Tendré que aguantar este peso hasta la playa?»

Así, poco a poco, el nuevo tesoro empezó a oprimir más y más al débil niño. Por la costa asomaban unas enormes nubes de verano. En el pueblo reinaba el silencio y apenas se veía gente en la calle. Las tiendas de ropa de aquellos tiempos, aunque situadas en una ciudad pequeña y provinciana como ésta, tenían en la entrada sus cortinas teñidas de azul oscuro en cuya parte superior

mostraban unas letras blancas indicando la razón social de la tienda. Estaban recogidas con una piedra y proyectaban sobre la calle una profunda sombra de color añil. Las golondrinas, como disparadas por invisibles armas, volaban alocadamente en todas las direcciones. A pesar del escaso movimiento que se veía fuera, las personas que pasaban por la calle central saludaban respetuosamente con una inclinación de cabeza a Tsuyoshi, por lo cual cada miembro de este grupo de bañistas debía corresponder inclinando constantemente la cabeza. Todos los transeúntes se sorprendían ante el monstruoso lapicero que portaba el más pequeño del grupo, y después se sonreían. Hasta alguien, de aspecto amable, sin duda al corriente del asunto, dijo:

–¡Vaya! Por fin, se ha cumplido tu deseo. Estarás contento, ¿no?

Pero el pequeño tenía bastante con aguantar el peso de su regalo, que casi le hizo caer, y con seguir el paso de sus hermanos, que más de una vez lo obligaba a corretear. Por fin, llegaron a la playa. Tsuyoshi, todavía sin decir nada y con la expresión de malhumor, le dio una gaseosa a Makoto, que bebió deprisa y casi atragantándose.

En la ciudad de K la gente suele nadar muy bien. No resulta exagerado afirmar que no hay quien no sepa nadar. Incluso corre por ahí una anécdota, difícil de creer, sin embargo, según la cual un comerciante de arroz, natural de esta ciudad de K, se fugó una noche al quebrar su comercio en el barrio tokiota de Shiba. ¿Cómo lo hizo? Se ató sobre la cabeza un hato con los bienes que le habían quedado y cruzó a nado la bahía de Tokio hasta llegar a K.

Makoto era tan lento en aprender a nadar que su padre se impacientaba con él; sus dos hermanos, en cambio, que eran chicos simplones en todo, habían aprendido a nadar bien ya desde pequeños. Cuando llegaron a la playa, Makoto imaginaba que iban a ponerse a nadar enseguida, pero su padre había alquilado una barca desde la que llamó a sus dos hijos mayores y a Makoto, que seguía sujetando el lapicero con sumo cuidado. Cuando la barca se hubo adentrado en el mar, el padre, obstinado como nadie, se decidió por fin a hablar directamente a su hijo pequeño:

–Bueno, ¿lo has entendido ya, Makoto? Aunque se desee algo, un hombre tiene que saber aguantarse. De lo contrario, ocurre lo que te ha pasado a ti. ¿Qué? Ha sido dura la lección, ¿verdad? Bien, si has entendido, no vas a necesitar más ese monstruo de lápiz. Así que tíralo ya al mar.

Esta lección, semejante a una fábula, procedía del dandismo anticuado de Tsuyoshi, pero resultaba ineficaz como instrumento de transmisión de una moraleja a un simple niño. Tal vez por eso, Makoto respondió con un gesto de rechazo y apretando con fuerza contra su pecho el lapicero, que empezó a crujir ante la fuerza desesperada del niño. Cuando el padre hizo una señal a los dos mayores, éstos, peones fieles, levantaron el cuerpo del pequeño abrazado al lápiz, y fingieron que iban a arrojarlo al mar. Solamente entonces, Makoto, aterrorizado, soltó su precioso regalo.

El padre enderezó la barca hacia la playa. Los dos hermanos mayores se mantenían callados, con la expresión entre excitada e indiferente. Makoto, por su parte,

con la barbilla apoyada en la popa de la barca, seguía con la mirada cómo se alejaba el lapicero flotando entre las olas. Esta visión desoladora parecía deshacerle el cuerpo por la tristeza, resultándole imposible mantenerse recto.

–¡El cuerpo recto! ¡El cuerpo recto!

Le pareció escuchar esta frase tan repetida por su padre, pero no: Tsuyoshi continuaba callado, obstinadamente callado.

El lápiz de cartón parecía que iba a hundirse cuando cayó, pero salió a flote y se mantuvo jugando al escondite con las olas que lo zarandeaban sin piedad de acá para allá, haciéndole mostrar los lados cubiertos de lustroso papel de color verde con letras doradas. Este tesoro, fruto de un capricho, puesto en las manos de Makoto como llovido del cielo, ahora se alejaba con rapidez para siempre. Finalmente, cuando la barca llegó a donde ya se podía distinguir la cara de los bañistas de la playa, el tesoro acabó desapareciendo de la vista.

Tal era el método empleado por Tsuyoshi para educar a sus hijos. Estaba suficientemente convencido del efecto educativo que tenía enseñar el autodominio masculino. Además, le complacía especialmente pensar que el dinero pagado en la papelería por nada a cambio de educar a su querido hijo era una prueba de que no era un padre mezquino.

El primer suceso grave aparecido en la prensa y del cual Makoto guardaba memoria (porque los asuntos acaecidos en Tokio sólo llegaban a K a través de los periódicos) fue el relativo al asesinato del primer ministro Hamagu-

chi el año 5 de Showa[1]. La Guerra de Manchuria al año siguiente, el 6 de Showa, y el incidente del 15 de mayo del 7 de Showa carecían todavía de interés para Makoto[2]. En cambio, el suceso del 26 de febrero del 11 de Showa[3] resultó ser inolvidable. Makoto cursaba el primer año de la escuela secundaria de K, y Yasushi, un pariente lejano que había suspendido el examen de ingreso a la academia militar, se había incorporado al mismo curso que Makoto y, por simpatizar mucho con el ejército rebelde, había sabido inspirar en Makoto admiración por el heroísmo de los rebeldes.

Es una pena que no se haya indagado públicamente la influencia que aquel golpe de Estado ejerció en la mente de los muchachos de entonces. Éstos aprendieron de aquel suceso el sentido cabal del concepto de «fracaso». Yasushi fue el encargado de infundir en este nuevo concepto una carga de heroísmo sentimental que ni en la escuela ni en casa se le había enseñado a Makoto. Un ma-

1. Se trata del atentado de 1930 perpetrado por un extremista de derechas en la Estación Central de Tokio y de resultas del cual el político mencionado murió al año siguiente. Hamaguchi había desarrollado una política moderada y firmado poco antes de sufrir el atentado un convenio de desarme con la Marina inglesa. *(N. de los T.)*

2. La Guerra de Manchuria estalló en 1931, un año antes de que se declarara la guerra entre China y Japón. El incidente del 15 de mayo de 1932 tuvo como protagonista a un joven oficial de la Marina. Con la ayuda de cadetes de Ejército de Tierra asaltó la residencia del primer ministro, que fue fusilado. *(N. de los T.)*

3. Corresponde al año 1936. El famoso incidente, que Mishima recrearía doce años después en su relato «Patriotismo» y en una película, esta vez se tradujo en un verdadero golpe de Estado provocado cuando un oficial del Ejército de Tierra, al mando de 1.500 soldados, asaltó la residencia oficial del primer ministro, asesinando a varios ministros. El día siguiente se proclamó la ley marcial, iniciándose la carrera militarista de Japón que desembocaría en su participación en la Segunda Guerra Mundial. *(N. de los T.)*

lentendido es evidentemente responsable de que el sentimentalismo sea atribuido por lo general al temperamento femenino. Pero lo sentimental, esa capa de maquillaje que cualquier hombre rudo y simple se coloca sin darse cuenta en el corazón, es un atributo masculino. La prueba está en la indignación que sienten los hombres, que detestan que se los tome por personas simples, cuando los llaman sentimentales. Makoto tenía la sensación de que ese amaneramiento llamado sentimentalismo no casaba con él tan bien como con Yasushi. O tal vez, se preguntaba, «¿existía un heroísmo que no fuera sentimental?». Ser capaz de enjuiciar una situación con lucidez y sin jamás llegar al fracaso, ¿no era acaso una cualidad contraria a la definición del heroísmo?

Capítulo 2

En este heroísmo, producto del invento incierto de un alumno del primer año de la escuela secundaria, se observaba una especie de amenaza de sombra; sin embargo, también Makoto podría haber llegado a ese concepto del heroísmo por instigación de la misma sombra. Lo cierto es que esta noción de heroísmo no era en definitiva más que una suerte de individualismo aprendido de la sociedad circundante.

Estas reflexiones adoptaban ya entonces el tono que Makoto habría de utilizar años después. Así como las personas aprenden el individualismo de una sociedad en estado normal, igualmente el adolescente, antes de eso, aprende el heroísmo de una sociedad anormal. El aumento de la amplitud de vibraciones de una sociedad provoca convulsiones en el individualismo. El heroísmo es, así, un individualismo armado en defensa propia y también un individualismo que grita elocuentemente

contra la sociedad misma. Y de tanto gritar, los adolescentes que maduraron en la década de los treinta acabaron quedándose roncos.

Cuando Makoto pasó al segundo curso de la secundaria, su hermano del medio estaba en el quinto curso. Llamaba la atención que los tres hermanos Kawasaki fueran los primeros del curso respectivo y los delegados de su clase. Era como si hubieran sido fabricados con un molde. En la escuela primaria eran los únicos que iban a clase con *hakama*[1]. Daba la impresión de que esta prenda de vestir, convertida con ellos en emblema del pedigrí y de la inteligencia de la familia Kawasaki, no estaba reservada a ningún otro niño.

Makoto se llevaba bien con su hermano del medio, sobre todo en comparación con el hermano mayor. Cuando iban los dos a la secundaria de K, volvían juntos a casa cada vez que coincidían al salir de clase. Un día de principios de verano, su hermano del medio lo acompañó de escolta, pues corría el rumor de que unos chicos algo violentos de quinto curso estaban al acecho en el camino a casa. Mientras caminaban por la carretera provincial, vieron cómo se acercaba en dirección contraria una pobre demente de unos cincuenta años. Conocida por sus obscenidades, la llamaban «la vieja soldado». Cada vez que se encontraba con un soldado, lo detenía para preguntar por un hijo suyo que no existía. Mientras el soldado buscaba con apuros cómo contestar, la mujer, a pesar de su edad, se exhibía con coqueterías indecen-

1. Una especie de falda-pantalón plegada, prenda antigua de Japón reservada actualmente para ocasiones ceremoniales o tradicionales. *(N. de los T.)*

tes. Siempre llevaba colgado de la mano un envoltorio con porquerías, a pesar de lo cual iba vestida con pulcritud y maquillada con discreción, aunque el carmín le sobresalía ligeramente de la línea de los labios. Cuando se cruzaron con «la vieja soldado» y recibieron un saludo realizado con mucha cortesía, los dos hermanos se miraron y se rieron por lo bajo. Justo en ese momento se oyó desde atrás el sonido retumbante y el pitido de alarma de un vehículo que podría ser un camión militar. En efecto, al volver la cabeza, los dos hermanos vieron cómo un camión del ejército abarrotado de soldados se abalanzaba hacia ellos. Tuvieron tiempo de echarse a un lado de la carretera. «La vieja soldado», en cambio, al darse cuenta de la presencia de los soldados en el camión a escasos diez metros de ella, se lanzó sin vacilar contra el vehículo gritando:

–¡Eh, señores soldados!

El conductor no tuvo tiempo de esquivarla y el camión atropelló a la pobre mujer, parándose por fin en seco en la misma dirección en que venía ella. Los soldados, ante la sacudida brusca del frenazo, cayeron desordenadamente. El conductor, un soldado joven de cara pálida, se bajó de la cabina y preguntó a los hermanos si eran familiares de la mujer atropellada. Al escuchar la respuesta del hermano del medio, el conductor recobró el ánimo y aplacó las protestas ruidosas que venían del interior del camión diciendo con tono resuelto que se trataba de una loca.

El hermano del medio se asustó cuando vio que Makoto no estaba a su lado. Miró alrededor y lo vio entre los soldados que formaban un espeso corro alrede-